



Homenaje a Edmundo

LAURENCE KAHN¹

«¡Cuánta locura hay en el mundo! —me escribía Edmundo en la parte final de uno de sus mensajes como presidente de la SPF—. Estaré —proseguía— en el Centro Minkowska con mis pobres refugiados hasta las 14 horas. Luego podemos encontrarnos.»

Sus numerosos correos, que he vuelto a leer en estos días, me han hecho recuperar el placer que fue para mí ser su secretaria científica. Este placer era la continuación del de nuestra colaboración en la revista de Michel Gribinski, en que no estaban ausentes las disputas, pues lograr un acuerdo entre la vida de una sociedad científica y el proyecto asocial de la cura es una apuesta. Pero Edmundo era un compañero de trabajo generoso, cuya amistad y solidaridad siempre permitían superar los obstáculos.

Durante los dos años de su presidencia compartimos un mismo proyecto, hasta se podría decir un «programa de lucha» —que él llamaba también «manifiesto combativo»— contra esa «máscara de la resistencia al psicoanálisis» que es la profesionalización, peligrosamente ligada al debilitamiento del rigor metapsicológico (son sus palabras), y su tendencia empírica, que arriesgaba, según él, transformar el método en una técnica y despojar a la práctica analítica de su carácter libre e incierto, de su apertura a la aventura y a lo desconocido.

Pero que el análisis se someta a la prueba de la cultura para afirmar sus descubrimientos, para nutrirse con préstamos y metáforas que atraviesan el espacio en el cual se mueve, para sostener el *asombro* o para responder al *desamparo* infligido al espíritu, no era solamente el eje de una política científica. Era el alma misma de su búsqueda, de su amor por la escritura, de su infatigable curiosidad —que descubrí en 1977, cuando participába-

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia. laurance.kahn@wanadoo.fr

mos en el seminario de investigación de Jean Laplanche, y Edmundo me hizo descubrir a Vaihinger—.

Edmundo me escribía en julio del 2002: «Para mis vacaciones llevaré mi Goethe, mis Dilthey, mi Jaspers, mis Ortega y Gasset y mi Gadamer, para continuar sobre la pista del *Erlebnis*. Verdaderamente, es un punto donde se cruzan el tiempo, el acontecimiento y el relato, centro del *a posteriori* freudiano».

Nos va a ser doloroso aceptar que la voz de este poeta se haya apagado. Tanto más doloroso cuanto que él era uno de aquellos para quienes el placer del acto poético no rivaliza con el valor del conocimiento de las obras. Por el contrario, las nutría. Siempre la imaginación vagabunda iba de la mano del riguroso estudio de los textos, agregando una piedra a la obra de aquellos que inventan el mundo.

Todos los textos de Edmundo expresan la magnífica mezcla de lo más íntimo del análisis y el temblor, lo salvaje, las palabras de la poesía.

Nos hablan también de la constante travesía de este hombre en los bordes mismos de aquello que el lenguaje, al otorgarnos la palabra, nos hace perder para siempre. Traductor de *Les fleurs du mal*, fue también el admirable barquero de la obra de Juan Gelman, este «primitivo del lenguaje, que esculpía sus versos en la piedra, peinando imágenes con sus manos sobre las paredes rocosas». En esta caverna, escribía Edmundo, resuena su voz, «mezcla de tantas voces, lengua de tantas lenguas, deformando vocablos, entrechocándolos», para hablar de los desaparecidos, para hablar del exilio.² Para acercarnos, como lo hizo de otra manera Edmundo, «la verdad humana».

Gracias a ti, querido Edmundo, por haber, como Gelman, «rozado nuestro tímpano de entendedor».³

En torno a ti, nosotros también murmuramos un adiós ininterrumpido. ♦

TRADUCCIÓN D. G.

2 Gómez Mango, E. (2014). L'Argentin Juan Gelman, poète des "disparus" (Trad. en colaboración con Gilberte Gensel). *Le Monde*, 20 de enero.

3 «La palabra poética no se escucha con la oreja o el oído: el corazón oye (o ensordece). Hablar poéticamente es "hablar al oído", de cerca, en íntimo secreto. [...] El entendimiento del escuchar poético va más allá del razonamiento de la prosa: en él la palabra se abre y nos da oído, el buen oído, el que sabe escuchar la música del alma y del lenguaje.» E. Gómez Mango (2006). *El llamado de los desaparecidos. Sobre la poesía de Juan Gelman*. Montevideo: Cal y Canto. Nota del traductor.